

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE
ESCUELA GRADUADA DRA. LUZ M. RIVERA MIRANDA

DISCUSIÓN CRÍTICA SEMANA 7

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL
DR. CARLOS COLÓN, PHD EN CUMPLIMIENTO DE
LOS REQUISITOS DEL CURSO THM 605.773
FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS, PERSONALES Y PROFESIONALES DEL MINISTERIO
CRISTIANO

POR

BRYAN J. ROSADO SANTOS

SAINT JUST, P. R.

SEPTIEMBRE 27, 2025

KOINONÍA

Desde los inicios del cristianismo, uno de sus bases principales ha sido la koinonía, un término griego que expone la idea de unión, colaboración y existencia en compañía. Tal como narran los Hechos de los Apóstoles, la Iglesia en sus primeros tiempos se construyó sobre cuatro bases sólidas: las lecciones impartidas por los apóstoles, la koinonía, el partir el pan y las plegarias (Hch 2,42). Esta estructura no solo detalla un modelo organizativo funcional, sino también una espiritualidad y una forma distintiva de Iglesia donde la creencia se manifiesta en lazos fraternales, cooperativos y de profunda unión social.

El autor destaca que la koinonía iba más allá de un simple afecto amistoso, involucrando un compromiso real en la cotidianidad colectiva. Se manifestaba en la distribución de recursos, en la equidad entre los miembros y en el apoyo a los más necesitados y excluidos. De este modo, la comunidad cristiana original se transformó en una señal visible del Reino de Dios: una colectividad que superaba las diferencias sociales, que rechazaba el aislamiento y que practicaba la equidad mediante el compartir. Sin koinonía, el mensaje del evangelio perdía credibilidad. Esta perspectiva subraya que la unión no es algo secundario o prescindible, sino esencial para la identidad cristiana.

Se hace notar también que la koinonía se reflejaba en la liturgia. Las ceremonias no eran meros actos impersonales o repetitivos, sino la manifestación grupal de una fe experimentada en conjunto. De hecho, cuando la liturgia se convertía en pura formalidad, se consideraba un fallo de la comunidad. La celebración genuina requería lazos fraternos verdaderos, un objetivo compartido y una práctica de ayuda mutua. En este sentido, la liturgia y la koinonía se reforzaban

mutuamente: la comunidad nutría la fe en la mesa y en la oración, y esa fe se transformaba en acciones concretas de servicio y responsabilidad conjunta.

Ahora bien, la cuestión clave es si actualmente experimentamos esa camaradería cristiana de una forma que sea tanto bíblica como beneficiosa. A primera vista, vemos aspectos positivos y negativos. Por un lado, es innegable que en muchos sitios están apareciendo grupos religiosos, pequeñas comunidades e iniciativas que buscan revivir el espíritu de hermandad, proximidad y apoyo mutuo que caracterizó a la Iglesia original. Allí se comparte la vida, se fomenta la ayuda entre todos y se aspira a vivir una espiritualidad reflejada en la justicia social. Estas vivencias demuestran que la koinonía no es solo un recuerdo del pasado, sino algo que podemos vivir hoy.

Pero, también se notan ciertas tensiones. La sociedad de hoy está marcada por el individualismo, la competitividad y la división, y la Iglesia no escapa a estas influencias. A menudo, las comunidades se convierten en simples lugares para cumplir con ritos, sin una verdadera hermandad. Hay personas creyentes que solo van a misa los domingos sin crear lazos de comunión, y otras que ven la fe como algo personal, separándola de la vida en comunidad. Incluso en algunas iglesias aún existen jerarquías que complican la responsabilidad compartida y la participación de todos. En estos casos, la koinonía se debilita y pierde su poder transformador.

Un reto actual es cómo vivimos la solidaridad con los más necesitados. El texto subraya que sin compartir nuestros bienes, no hay testimonio ni se hace evidente la caridad. No obstante, en la vida real, muchas comunidades se preocupan más por mantenerse a sí mismas que por compartir con generosidad con los necesitados. Esto crea una paradoja: mientras que la Iglesia primitiva erradicaba la pobreza interna a través del compartir, hoy en día, a veces, la fe coexiste sin actuar ante grandes desigualdades sociales. Recuperar la koinonía bíblica implica hacer más que dar limosna ocasionalmente, y optar de manera clara por la justicia y la igualdad.

Para cerrar, lo que el autor nos dice sobre la koinonía nos pone de relieve que la Iglesia alcanza su esencia cristiana solo cuando se experimenta como una unión verdadera. No es suficiente con solo declarar una creencia personal; es más bien una iniciativa colectiva que entrelaza el mensaje, la liturgia, el compañerismo y la ayuda mutua. La cuestión de si actualmente estamos experimentando una camaradería bíblica y beneficiosa debería impulsarnos a reflexionar: donde la Iglesia se transforma en una simple organización o en un ambiente de formalidades, la koinonía se desvanece. Sin embargo, cuando la fe se manifiesta en un compañerismo tangible, en la distribución de recursos, en apoyo a los menos afortunados y en celebraciones grupales llenas de vida, el evangelio se hace palpable.

El desafío, entonces, no es idear algo innovador, sino regresar a los principios fundamentales de los apóstoles: actuar como una comunidad de hermanos y hermanas que, en un mundo lleno de divisiones, muestra que es factible convivir en armonía, con equidad y afecto. Ahí radica la relevancia actual de la koinonía y la ruta hacia una fraternidad cristiana bíblica y provechosa.